**LOLA Y LAS ZAPATILLAS MÁGICAS**

**L**ola se despertó y vio por su ventana que era un hermoso y soleado día. Pensó que hoy le pediría su padre que le comprara la hermosa muñeca que había visto en una tienda de juguetes, hacía pocos días. Ella sabía que su padre no le diría que no, porque siempre cumplía todos sus

deseos. Tenía muchas muñecas, más que cualquiera de sus amigas, pero para Lola nunca eran

suficientes y le gustaba muy poco compartir sus cosas con otras niñas.

Al salir de su casa, camino a la escuela, encontró a una anciana que se veía muy pobre y le pedía

algo de comer. Lola no quería compartir su merienda, y le dijo que no llevaba nada. La anciana sacó de su vieja bolsa, las zapatillas más hermosas y brillantes que Lola nunca hubiera imaginado; se las obsequió y le dijo que, aunque Lola no pudiera darle nada, ella quería compartir algo muy especial y le mostraría las cosas más maravillosas que los ojos de Lola pudieran ver.

La niña pensó que aquella anciana no podría saber jamás las cosas tan bellas que ella poseía, sin embargo, la curiosidad la invadió. La humilde anciana le dijo que se pusiera las zapatillas, que cerrara sus ojos y que pensara en obtener el tesoro más hermoso, algo que no tuviera.

La niña así lo hizo y al momento sintió como si sus pies se despegaran del suelo y al abrir sus ojos, se vio volando sobre un lugar lleno de extrañas casas altas y con hermosos y extraños techos. La niña creyó recordar que su maestra le había dicho que se llamaban Pagodas. A la niña le encantó lo que veía desde arriba y pensó que sería interesante ver aquel lugar.

Como si los bellos zapatos leyeran sus pensamientos, de pronto bajaron cerca de una plaza llena

de gente con ojos rasgados y vestimentas muy diferentes a las suyas. Estuvo recorriendo un largo rato aquella plaza, que más bien parecía un mercado, y al rato de estar ahí sintió hambre y recordó que había dejado su mochila en el lugar donde había encontrado a la anciana. Cada vez sentía más hambre, pensó que era la primera vez que no tenía nada con qué calmarla.

De pronto vio que cerca de ella alguien la miraba con cierta curiosidad. Se trataba de un niño un poco menor que ella. El niño se acercó a ella y con una sonrisa amable le dijo: ¡Hola, soy Zang!, y desde hace un rato veo que miras la comida que vende la señora Wong. A Lola le pareció amable aquel niño y le contó que venía de un lejano lugar y que no había comido nada desde el desayuno. Su nuevo amigo le dijo que con gusto la llevaría a su hogar y compartiría con ella sus alimentos, ya que en su pueblo era un deber compartir con los viajeros.

Lola fue con él y la familia de Zang la recibió amablemente, y aunque Lola vio que vivían muy

humildemente, disfrutó de la deliciosa sopa de fideos, el arroz y el pescado frito con ricos vegetales que le sirvieron. Realmente conmovida dio las gracias y retornó a su viaje con sus zapatillas mágicas.

**26**

Nuevamente volvió a volar con sus lindas zapatillas y llegó a un frío y hermoso lugar lleno de nieve, no se veía ninguna persona cerca, pero sí un lindo y pequeño oso polar jugueteando en la nieve, un poco más lejos se veía una especie de casita redonda, se acercó un poco temerosa y observó con extrañeza que toda la casa estaba hecha de bloques de hielo.

De la linda casita salió una mujer que al verla le sonrió y después de escuchar la historia de cómo Lola había llegado hasta ahí, la invitó a compartir en su casa, le explicó a la niña que su hogar era un iglú y que en su pueblo los hacían formando bloques de hielo con sus propias manos, que como su pueblo se alimentaba de la caza y la pesca tenían que estar viajando donde estuviera el alimento y por eso sus viviendas las hacían para habitarlas por cortos períodos, le explicó como ahumaban las carnes para poderlas conservar por largos períodos, pero lo que más le quedó grabado a Lola en su cabeza, fue que le dijo que todos los miembros de su tribu, compartían lo que tenían porque era la mejor forma de poder sobrevivir en un lugar tan inhóspito como aquel. La niña agradeció la enseñanza de la buena mujer se despidió y continuó su interesante viaje.

A todos los lugares que fue, recibió de personas humildes aquellas cosas que ocupó para su bienestar: un abrigo de jazmín, que una linda y amable niña, le obsequió, y que habitaba un lugar que era como los que describen en los cuentos de “Las mil y una noches” que su madre tanto le leía; frutas frescas y deliciosas que le regaló un simpático niño llamado Kenei, que vivía en una choza de hojas de palmera en África.

Lola pensó que era hora de volver a casa y las zapatillas la regresaron junto a la anciana, que al ver a Lola se alegró y le preguntó si había encontrado algún tesoro hermoso, que no tuviera antes. La niña entonces dijo que sí, que aprendió algo que antes no tenía, que era el valor de compartir con los demás, teniendo un corazón generoso.

La anciana sonrió, pues supo que a partir de ese día Lola sería una niña más solidaria y generosa,

porque atesoraba en su corazón, la importancia de compartir con los demás. Y lo curioso de esta

historia es que Lola se dio cuenta que únicamente habían transcurrido unos minutos en todo su

paseo, pues cuando retomó su camino a la Escuela, llegó a tiempo antes de que la campana de la escuela sonara.

Tarea

Buscar las palabras desconocidas e investigar su sinificado y hacer un dibujo de la historia.